

JAVIER CIGA

Pintor de esencias y verdades

UNA RECIENTE PUBLICACIÓN DE PELLO FERNÁNDEZ OYAREGUI NOS PERMITE CONOCER LA VIDA Y OBRA DEL ARTISTA PAMPLONÉS



Autorretrato, 1912.

FERMIN ERBITI
PAMPLONA

EL rastreo por las librerías en busca de novedades editoriales aporta a veces gratas sorpresas en forma de publicaciones de las que uno no tenía noticia y que, como es el caso, hubieran merecido un mayor esfuerzo de promoción. Si nos referimos al ámbito artístico, este verano destaca la edición de un interesante libro sobre el pintor Javier Ciga, obra del profesor de Historia del Arte Pello Fernández Oyaregui. *Javier Ciga, pintor de esencias y verdades* ha visto la luz de la mano del Gobierno de Navarra y la UPNA, veinte años después de la monografía de Carmen Alegría, publicada en 1992 por la desaparecida Caja Pamplona.

La obra de Fernández, que además de elogiar aquel trabajo agradece la colaboración de su autora en la realización del actual, aporta nuevos datos y un más profundo análisis de la obra y vida del gran pintor de la calle Navarrería. Además de haber sacado a la luz el catálogo más completo de Ciga, con 659 obras, el libro analiza de manera minuciosa los elementos pictóricos, géneros y, sobre todo, la evolución artística del pin-

tor. Destaca también la información sobre el compromiso político de Ciga y sus duras consecuencias, así como la importante labor docente de aquel "maestro de maestros". Son de agradecer, asimismo, tanto la selección de artículos sobre su vida y obra aparecidos en la prensa navarra desde principios del siglo XX, como la reproducción de los documentos referidos al procesamiento del artista durante la guerra civil.

Los Sanfermines como trampolín

En aquellos primeros años del siglo pasado Javier Ciga era un joven aficionado a la pintura, admirador de Velázquez, que se ganaba la vida trabajando en el negocio familiar de funeraria. Una fotografía del libro, la de la cuadrilla de Zildoz, atestigua la afición del iruinxeme por los Sanfermines, una de las pocas ocasiones para la juerga en aquella Pamplona de hace un siglo. Pero además de disfrutarlos, Ciga supo convertirlos en arte como demostró con las siete obras que anunciaron los Sanfermines, todo un lujo en la colección de carteles de nuestra fiestas. Unas fiestas que, por cierto, también fueron el tram-

polín que le permitió completar su formación y dedicarse profesionalmente a la pintura.

Son los Sanfermines de 1909, anunciados por un bello cuadro de Ciga que representa el encierro en la Estafeta. El que, según Fernández, era ya "maestro de la perspectiva" había pintado la escena de un toro persiguiendo a un corredor que logra asirse a la verja de la antigua Casa Zozaya, mientras otro joven vestido con blusón y alpargatas lo cita para llevárselo calle arriba. A aquellos Sanfermines había acudido el indiano Nicolás Urdampilleta, pariente lejano del autor y de origen elizondarra, quien al ver la obra de Ciga quiso conocerlo, convirtiéndose enseguida en su mecenas. Gracias a su ayuda el joven pamplonés fue a estudiar a la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, para viajar posteriormente por Francia, Bélgica, Holanda y Alemania con su maestro madrileño José Garnelo. El apoyo de los

'Javier Ciga, pintor de esencias y verdades' ha visto la luz de la mano del Gobierno foral y la UPNA

Urdampilleta le permitió en 1912 establecer su residencia en París, en un lujoso ático de Montmartre.

Miembro del Gran Salón de París

París es en aquella época la capital pictórica del mundo, donde viven Renoir, Degas, Picasso o Matisse, a los que el pamplonés puede acercarse, además de disfrutar de la gran escuela clásica que supone el Louvre. En París Javier Ciga se empapará de las corrientes pictóricas del momento, impresionismo y postimpresionismo, que aplicará tanto a los hermosos paisajes de la capital francesa como a los del Baztan, tierra por la que siempre sintió un afecto especial y a la que se unió más todavía en 1917, al casarse con la elizondarra Eulalia Ariztia. En aquellos años el navarro consolidará un estilo que, en palabras de Fernández Oyaregui, evoluciona de la percepción realista al realismo trascendente, buscando el ser y la esencia "que dan sentido y fundamento a su obra".

Una noche que había ido a casa sin poder cenar, Ciga supo que gracias a su obra *El Mercado de Elizondo* (presentado en París con el título *Paysans Basques*) había sido admiti-

do como miembro de número del Gran Salón de París, el sueño de todo pintor de la época. Por supuesto, la obra que consagró a Ciga como artista merece un pormenorizado análisis por parte del autor del libro.

Pero además de paisajes vascos y franceses, el navarro realizó en sus años parisinos una magnífica serie de retratos, entre los que destaca el famoso autorretrato de 1912 que ocupa la portada del libro. Por cierto, aunque todos pensábamos que Ciga era autor de dos autorretratos, el citado y el de 1951, Fernández Oyaregui nos descubre uno inédito de 1908 en el que, a diferencia de los otros, no da testimonio de su profesión.

Como es sabido, Ciga inmortalizó a muchas de las familias acomodadas de la Pamplona de las primeras décadas del siglo XX, además de ser autor de otros retratos de tipos de la época: *Alkatia*, *Euskalduna*, *Aitetxi con sus nietos*, *El cartero Joxe*, *Niño fumando*... Esas obras evidencian su maestría en un género que exige no solo buena técnica pictórica, sino también dotes de psicólogo para captar el interior del retratado. Dejando a un lado los trabajos de encargo, a la vista está la preferencia del artista por retratar ancianos y niños, de los que el libro reproduce numerosos ejemplos. Por la novedad, destaca entre estos últimos la obra *Niño con cerezas/Mutiko gereziekin*, desconocida hasta el momento, que podría haberla pintado en el Madrid de principios del siglo XX y que Fernández relaciona con el cuadro homónimo de Manet de 1858.

El estallido de la primera Guerra Mundial y los problemas económicos de su mecenas obligaron a Ciga a volver a Pamplona. "Vino un buen día a su tierra, a esta Navarra, madre del País Vasco, y vio entonces, muy claro, que le llamaba más, mucho más que la bohemia..." , escribirá años después Miguel Ángel Astiz en *El Pensamiento Navarro*. Eso que dicho así queda tan bien, sobre todo pensando en la parroquia a la que va dirigido, seguramente tuvo poco que ver con lo que sintió aquel artista en 1914, obligado a dejar la capital mundial de la pintura para volver a una ciudad demasiado pequeña y encerrada en sí misma, tan lejos de las corrientes artísticas de la época.

En todo caso, Ciga volvió como pintor consagrado y siguió en su carrera de retratista, sin olvidar los paisajes del Baztan y las obras etnográficas, que combinan retrato y paisaje "unidos en perfecta simbiosis", en palabras de Fernández. Ejemplo de este tipo de obra es el famoso cuadro *Un viático en el Baztan*, que también merece un detallado análisis, y que acabó en manos de una institución con la que Ciga había colaborado muy estrechamente en su sede de la Cámara de Comptos: la Comisión de Monumentos. Como anécdota, las 1.625 pesetas que cobró el pintor salieron de los fondos que el archi-

tecto Florencio Ansoleaga había dejado en herencia a la Diputación para adquirir obras de arte.

La herida de la guerra

“Económicamente la guerra nos ha dejado como a casi todo el que ha tenido vergüenza”. Es una frase de la escritora Zenobia Camprubí, esposa de Juan Ramón Jiménez, que Fernández recuerda al referirse a aquella época que para Ciga supuso un antes y un después.

Demasiado ingenuo para dedicarse a la política, Ciga era nacionalista vasco declarado y había sido elegido concejal por el PNV en dos legislaturas durante la década de los años veinte. Viendo cómo se las gastaban los sublevados tras el 18 de julio de 1936, hubo quien le sugirió marcharse de Pamplona, entre ellos su amigo el periodista y escritor José Aguerre. La respuesta de Ciga fue clara y seguramente prueba de su citada ingenuidad: “Yo no me voy, ya que no he hecho nada malo”.

Él no había hecho nada malo, pero a los sublevados no les importaba detener a un inocente de 62 años, torturarlo y encarcelarlo. Ciga fue acusado de facilitar el paso de la frontera al comandante y militante de la UGT José Abásolo y condenado por “auxilio a la rebelión”. Le incautaron los bienes, perdió el negocio de funeraria y el Tribunal de Responsabilidades Políticas le impuso una multa de 2.500 pesetas. Salió de la cárcel en septiembre de 1939 y pagó la multa con el llamado *Cristo de la sanción*, pintado para la capilla de los Escolapios de Pamplona. El libro recoge también los dibujos a lápiz que el pintor hizo durante su estancia en la cárcel, donde enseñó dibujo a su compañero de celda Pello Irujo. Cabe citar también la emotiva fotografía de Ciga, hombre de profundas creencias religiosas, acompañando a la imagen de San Miguel en su visita a la cárcel en 1940, pocos meses después de abandonarla.

Como es lógico, el sufrimiento de aquellos años supuso un duro golpe para el pintor, que podría haber abandonado el camino como hizo otro pintor vasco, su amigo José Arrue, a quien pertenece el siguiente testimonio: “Después de dos años de prisión, me declaran inocente y salgo a la calle. No poseo más que lo puesto. Todo lo que tenía ha desaparecido, incluso mi obra artística (...) No quiero oír hablar de arte, ni de críticos, ni de exposiciones”.

A lo mejor porque no tenía otro remedio que seguir adelante, aquella herida no acabó con el artista, que continuó pintando retratos tan conocidos como el de su admirado Arturo Campión y paisajes de Baztan, su ideal estético. Todo ello sin abandonar las clases de pintura, por las que pasaron alumnos como Miguel Ángel Echauri, Jesús Lasterra, J.A. Eslava, Pedro Manterola, Luis Araujo, J.M. Apeztxea y Gloria Ferrer.

Considerado el mejor pintor y maestro de la época, en 1952 recibió un homenaje por todo lo alto en el que participaron las principales autoridades de la época, amigos y alumnos. Ocho años más tarde, el pintor falleció en su casa de la calle Sangüesa de Pamplona a los 82 años. Con él se fue el “maestro de la pintura serena” pero nos dejó lo más importante: su obra. Un legado digno de un mayor esfuerzo institucional para su difusión y que, como el buen vino, sigue ganando con el paso del tiempo. La recomendable obra de Pello Fernández Oyaregui nos ofrece una excelente ocasión de saborearlo sorbo a sorbo, cuadro a cuadro.



Arturo Campión, 1951.



Un viático en el Baztan.



Boceto premiado del cartel de San Fermín, 1909.



Barcos en el Sena, 1912-1914.